

CRISTIANDAD

AÑO XLVI
NUMEROS 703-705
BARCELONA
OCTUBRE-NOVEMBRE.-
DICIEMBRE
1989

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

CUSTODIO DEL REDENTOR
Franciso de Paula Solà, S.I.

**ACONTECIMIENTO
SILENCIOSO Y EFICAZ**
F.C.V.

**EXHORTACION APOSTOLICA
REDEMPTORIS CUSTOS
DEL SUMO PONTIFICE JUAN
PABLO II SOBRE LA FIGURA
Y MISION DE SAN JOSE
EN LA VIDA DE CRISTO
Y DE LA IGLESIA**

**LA TERCERA GENERACION DE
SCHOLA**
Ignacio Manresa Lamarca

ADMINISTRACION:

Lauria, 19, 2º, 1ª
08010 BARCELONA
Teléfono 317 47 33
Director: Fernando Serrano Misas

CUSTODIO DEL REDENTOR

San José es, sin duda, uno de los personajes más misteriosos de la hagiografía. Y es, también sin duda, el mayor Santo después de Jesús y de María. Su nombre no aparece más que en el Nuevo Testamento: en San Mateo y en San Lucas; y esporádicamente en San Juan (6,42). Y siempre en función de Jesús. Aunque se nos da su genealogía, no es clara su ascendencia inmediata, que ofrece distintos nombres en los evangelistas que la transcriben. Ellos nos dicen escuetamente que era Esposo de María, que tenía el oficio de artesano (sin más explicaciones), que sufrió intensamente al ignorar la sobrenaturalidad de la concepción del Hijo de su Esposa; y que, por ser justo, la quiso abandonar y no llevarla a los tribunales. Sabemos que vivían en Nazareth y que se trasladó a Belén (Ciudad de David cabeza de su agra) para empadronarse y cuidar del Hijo de que iba a nacer. Los ángeles que le hablaban en sueños (o arrobamientos místicos), le sacaban de dudas, le aconsejaban y le indicaron cómo había de huir a Egipto, y más tarde volver sin demorarse en Jerusalén o Belén, para instalarse definitivamente en Nazareth. Un recuerdo de San José ha tenido también San Lucas cuando ha narrado la presentación del Niño Jesús a los 40 días de nacido; y más tarde, cuando contaba ya 12 años de edad, el episodio de la ida a Jerusalén, su pérdida y hallazgo en el Templo. En ambas ocasiones el nombre de San José va incluido en la expresión de "los padres de Jesús", al recalcar el Evangelista la fidelidad de ambos esposos en cumplir los más mínimos pormenores de la Ley y costumbres prescritas del Judaísmo. A San José correspondió así mismo, aunque no se diga expresamente, el cuidar de la circuncisión de Jesús e imponerle el Nombre, como le había mandado el Angel.

CUSTODIO DEL REDENTOR

Con estos datos podemos trazar la breve síntesis de la vida del Santo, más llena de lagunas que de hitos: Vivía en Nazareth (¿nacido allí o en Belén?) ¿Cuándo?, estaba desposado con María, la Virgen; y después de las peripecias de sus dudas, ida a Belén, huida a Egipto y vuelta definitiva, se quedó en la pequeñísima y olvidada Nazareth (de donde era fama que no podía salir nada bueno, Jn 1, 46) ejerciendo de artesano, dedicado totalmente al cuidado de los dos Seres más excelentes que han sido en esta tierra, morada del hombre: Jesús, el Hijo de Dios, el Hombre-Dios, que le llama “Padre”, y la Virgen María, Madre de Dios, que era su Esposa, En aquella casa él era el cabeza de familia delante de Dios y de los hombres, el varón justo delante de la ley, el artesano de Nazareth. Pero de puertas a dentro se vivía en otro ámbito: el de la unión hipostática del Hombre-Dios. Jesús no era puro Hombre, María era más que simple madre del Niño, José no era un Padre como los demás. Aquella Familia era el **Sacramentum absconditum a saeculis in Deo** (Ef 3,9), el **Mysterium quod absconditum fuit a saeculis et generationibus** (Col 1,26); y el depositario de este **Mysterium** y de los demás misterios que el mundo y los mismos Rabinos y Doctores de la Ley desconocían, era José. Y como depositario de los más altos y divinos misterios, el mismo llevaba una existencia “**abscondita**”, oculta, misteriosa como todo lo que rodeaba la mansión santa de Nazareth. Nada se sabe de su nacimiento y de su muerte Si San Juan Bautista, precursor del Mesías, tiene la historia del que era la “Voz que clama en el desierto”, San José tiene la voz del silencio; silencio que parece era necesario para la venida del Salvador. La Iglesia lo dice en la Liturgia navideña: **Cum quietum silentium contineret omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de caelo a regalibus sedibus... in mediam... terram prosilivit** (Sab, 18, 14-15).

Este silencio, sin embargo de los Evangelistas y de la misma Iglesia, no fue absoluto. Fue “misterio”. Al declarar los dos Evangelistas que San José era descendiente directo de David y recordar que el Ángel le saludó con el apelativo de “Hijo de David”, querían revelar la singularidad de aquel artesano privilegiado. Es interesante comparar la brevísima entrevista del ángel (en sueños) con San José y la del otro ángel con María. Gabriel la saluda: “**Ave, gratia-plena, Dominus tecum....** No temas, concebirá y darás a luz un Hijo y le llamarás Jesús”... Y la virgen contesta: “**Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum**”. A San José, que estaba dando vueltas al misterio de la concepción de Jesús, le dice el Ángel: “**Joseph, fili David, noli timere**

recibir a María tu Esposa, lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo, dará a luz un hijo y le llamarás Jesús”... Y José, sin responder palabra: “En levantándose del sueño hizo como le mandó el Ángel del Señor y recibió consigo a su Mujer”, es decir, ultimó los requisitos para instalarse juntos en su propia casa.

La correspondencia es perfecta, salvo algunos pormenores propios de la distinción necesaria entre los dos Esposos. Al **gratia plena**, responde el **fili David**. María había de estar —y lo estaba— llena de gracia para llevar en su seno al Salvador del mundo; José había de recapitular toda la gracia de la predestinación de los Patriarcas de Israel, comenzando por Abraham, pasando por David, para transmitir al Salvador del mundo, Jesús, la plenitud de la Promesa, la santidad y autoridad de la Ley, la expectación de los Profetas y toda la Antigua Alianza, que recibiría de él Jesús para consumarlo todo, perfeccionarlo y crear la Nueva Alianza, el testamento Nuevo, la Ley Nueva. Si a María se la saluda con la gracia y amabilidad de la Madre, a José se le acentúa su oficio de Padre. A ambos se les dice que **no teman** por grande que sea la misión que se les encomienda y tarea que reciben sobre sus espaldas; porque todo es del **Espíritu Santo**, el cual mora en ellos en plenitud. La fuerza del nombre de Jesús, que impondrán al Niño, se derramará sobre ellos (recuérdese la importancia que los Orientales y los antiguos daban a los nombres, que suponían eficaces). Si María necesitaba una plenitud de gracia para llevar en sus entrañas, concebir, al Dios-Hombre, a San José se le revela que **su mujer**, está llena del Espíritu Santo; que no tema recibirla en su casa y morar con ella con la unión espiritual de unos Esposos destinados a dar vida terrena al Dios inmortal y salvador; que a él particularmente le corresponde el cuidado de estos dos Amados del señor; que el Padre-Dios se los encomienda y le hace a él, José, el artesano, el silencioso, apoderado suyo, su lugarteniente, con la plenitud de poderes paternos y esponsales sobre Jesús y María, el Hijo de Dios hecho Hombre y la Madre de Dios.

Y María, responde al Ángel: “Soy la esclavita del Señor, no tengo más voluntad que la suya, hágase en mí lo que El quiera”. Así de sencilla y confiada se pone en manos de Dios. José, permaneciendo en su lugar de artesano humilde, que no quiere discutir sino ejecutar, se lanza inmediatamente a cumplir lo que el Ángel le ha encomendado. María había de **recibir** el Hijo de Dios; José había de **acoger** a su Esposa. Ambos están en el mismo plano de entrega perfecta, incondicionada, a la voluntad de Dios.

Como se ve, en muy pocas palabras los Evangelistas



SECRETARIA DE ESTADO

PRIMERA SECCIÓN - ASUNTOS GENERALES

VATICANO, 19 de diciembre de 1989

Estimado en el Señor:

Me complace comunicarle que el Santo Padre ha recibido la atenta carta con la que Usted ha querido manifestarle su filial afecto y adhesión, a la vez que le ofrece un volumen antológico de la revista "Cristiandad", que recoge varias encíclicas y documentos pontificios, especialmente los dedicados al reciente Año Mariano.

Su Santidad desea expresarle su vivo agradecimiento por este devoto homenaje, a la vez que invoca sobre Usted, redactores y colaboradores de la revista abundantes gracias divinas que sean constante ayuda en la difusión de la doctrina católica en medio de la sociedad española. Como confirmación de estos deseos, el Sumo Pontífice les imparte cordialmente la implorada Bendición Apostólica.

Al agradecerle también profundamente el volumen con el que ha querido obsequiarme, aprovecho la oportunidad para expresarle los sentimientos de mi consideración y estima en Cristo.

+ *E. Cassidy*

+ E. Cassidy

Sr. D. Fernando SERRANO
Director de la revista CRISTIANDAD

08010 - BARCELONA

han dicho mucho. José lo han propuesto, sin decirlo, como el **mysterium** que deposita los **mysteria abscondita** y a su debido tiempo los ha de manifestar. Por esto José permaneció en la oscuridad mientras el **misterio**, Cristo se revelaba por sí mismo y por los Apóstoles y sus sucesores. Extraordinarios carismas acompañaban la predicación de los primeros seguidores de Jesús. A medida que la Iglesia iba adquiriendo dominio sobre la sociedad y las naciones, el **misterio** se hacía más patente. San José seguía en la oscuridad. Solo se hablaba de él a propósito de María o de Jesús, en homilías, sermones, exposiciones del dogma de la virginidad perpetua a María y de la concepción virginal de Jesús. Pero cuando ya comenzó la Iglesia a verse en serios peligros por los cismas, herejías y luchas entre pseudopapas... en la plenitud de la Edad Media, al prepararse el paso decisivo a la Edad Moderna con un cambio radical de las sociedades y naciones, surge la devoción a San José, se le da culto, se instituye su fiesta, y poco a poco se le invoca como protector de la Iglesia. los teólogos, que han elaborado una Teología cada vez más sistemática y profunda, han visto la misión inigualable de José y de María en la vida de la Iglesia y en la que llaman Historia de la salvación. Y surgen la Mariología y la Josefología. La devoción al Santo se acrecienta con ello y con el impulso de Santa Teresa de Jesús y la Orden carmelitana.

Los Papas acuden a San José en los momentos cruciales de la Iglesia, sobre todo cuando Pío IX, en el Concilio Vaticano I, nombra al Santo, Patrono de la Iglesia y establece la fiesta litúrgica del Patrocinio de San José. León XIII, su sucesor, se ve envuelto en graves dificultades de las naciones que están padeciendo las consecuencias de la Revolución francesa y crean gravísimas dificultades a la Iglesia. Y decide comunicar a todos los católicos la necesidad del recurso a San José para que defienda la Iglesia y supere las grandes tempestades. Hace un siglo que entregaba a la Cristiandad su Encíclica magnífica —como todas las suyas— *Quamquam pluries* (15 agosto 1899).

Momentos difíciles han sido siguiendo durante todo este siglo XX: el liberalismo, modernismo, socialismo y comunismo... Pío XII quiso encomendar a San José el problema obrero o social instituyendo la Fiesta de San José Obrero. Juan XXIII se lanzó a una empresa arries-

gada, y al comprender su dificultad —el Concilio Vaticano II— nombró a San José su Protector, poniéndolo bajo su amparo.

Han pasado ya 30 años y hace un centenar de la Encíclica de León XIII. Nuestro Papa actual Juan Pablo II, al verse envuelto en tan graves acontecimientos mundiales, ha vuelto los ojos a San José. La **Redemptoris Custos**, que forma una trilogía con las Encíclicas **Redemptor hominis** y la **Redemptoris Mater** es una llamada a San José para que **bendiga a la Iglesia**, el Santo personalmente. El Santo Padre, cede el lugar que ocupa de **representante**, a San José que es el **verdadero Padre**, en el sentido en que el Padre Eterno, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra le concedió la potestad paterna sobre Cristo y su Obra. La exhortación apostólica de Juan Pablo II, se firmó también el 15 de agosto.

Inmediatamente han surgido en el mundo, concretamente en la Europa Oriental una serie de acontecimientos que parecen milagrosos y cuya trascendencia no podemos todavía calibrar. ¿Serán los primeros frutos de la Protección de San José, que ha tomado en serio —permítasenos la expresión— el encargo del Papa y acude en auxilio y ayuda de su Esposa la Virgen María, Madre de la Iglesia, en la ardua tarea que Ella hace tiempo se ha tomado de luchar personalmente contra la Serpiente Infernal? Estaría esto muy conforme con la actitud de San José: actuar sin decir una sola palabra. ¿No será una respuesta también al encargo que Pío XI hizo al Santo Patriarca al encomendarle la lucha contra el Comunismo: “Para llevar a madurez esta paz tan deseada por todos, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, ponemos la gran acción de la Iglesia católica que se enfrenta a los esfuerzos del ateísmo comunista, bajo los auspicios y protección de San José, Patrono poderosísimo de la Iglesia católica”. Que San José proteja a la Iglesia, la bendiga y con ella de un modo particular al Papa Juan Pablo II, que tan providencialmente nos ha dado Dios y la Virgen en estos momentos cruciales en la Historia de la Humanidad y que se ha puesto al servicio y bajo la protección de toda la Sagrada Familia: el **Redemptor hominis** la **Redemptoris Mater** y el **Redemptoris Custos**.

Francisco de Paula Solá S.I.

ACONTECIMIENTO SILENCIOSO Y EFICAZ



Cuando en la prensa diaria se ha dado noticia del documento pontificio sobre San José se ha notado también el hecho de su escaso eco en los medios de comunicación social. Parece paradójico, pero tampoco es infrecuente que al hablar de San José se añada enseguida que “de San José se habla poco”.

En el artículo editorial del presente número, del ilustre mariólogo jesuita P. Francisco de Paula Solá S.I., el lector habrá hallado una sugerencia misteriosa y esperanzadora, relacionada con los imprevistos y grandiosos acontecimientos que se suceden en la Europa Oriental. Tal vez la acción del Patriarca José, a quien Pío XI confió el combate cristiano contra el comunismo ateo, tenga en la Iglesia militante el mismo estilo y carácter de su servicio a la vida oculta y privada del Señor en la Familia sagrada que José presidía con autoridad eterna: Una larga serie de hechos de servicio al misterio salvífico, sin ninguna palabra de pública noticia. Tal vez ahora esté el glorioso Patriarca Protector de la Iglesia universal ocultamente presente en los acontecimientos, inesperados e imprevisibles también en sus resultados futuros, que parecen marcar el ocaso de una época de hegemónica influencia del ateísmo marxista en la cultura y en la política del mundo contemporáneo.

La lectura de las palabras del prestigioso teólogo me ha sugerido una reflexión y ha suscitado en mí una interrogación esperanzada.

¿No tendrá la exhortación apostólica *Redemptoris Custos* una eficacia silenciosa e invencible para la reafirmación de la Fe Católica y Apostólica frente a las deletéreas corrientes de falsas “hermenéuticas” y pretendidas “desmitificaciones”, por las que se rechaza y desprecia como “mito” verdades fundamentales como la concepción virginal del Señor y la perpetua virginidad de María, la Inmaculada Madre del Hijo de Dios encarnado?

Desde hace bastante tiempo parece haber sobrevenido una “alergia” a la reafirmación de la fe íntegra; una acusación difusa de “represión” o “autoritarismo” contra cualquier acto jerárquico orientado a la defensa de la ortodoxia y de la sana doctrina; una sospecha de “delación” y “espionaje”, que imposibilita cualquier libertad en la protesta contra los abusos del nombre de “teólogo” y de “escriturista”. Nadie podría esperar en esta situación actos de magisterio y de gobierno pastoral como los que immortalizaron el pontificado de San Pío X.

¿No será, por la intercesión y la misteriosa y oculta presencia de San José, la *REDEMPORIS CUSTOS*, algo así como una renovada liberación de la teología y de la predicación católicas, frente a la asfixiante contaminación del modernismo?

F.C.V.

EXHORTACION APOSTOLICA REDEMPTORIS CUSTOS DEL SUMO PONTIFICE JUAN PABLO II SOBRE LA FIGURA Y MISION DE SAN JOSE EN LA VIDA DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

A los Obispos
A los Sacerdotes y Diáconos
A los Religiosos y Religiosas
A todos los fieles

INTRODUCCION

1. LLAMADO A SER el Custodio del Redentor, “José... hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer” (Mt. 1, 24).

**José custodia el cuerpo
místico de Jesucristo**

Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, inspirándose en el Evangelio, han subrayado que san José, al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo (1), también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo.

En el centenario de la publicación de la Carta Encíclica Quamquam pluries del Papa León XIII (2), y siguiendo la huella de la secular veneración a san José, deseo presentar a la consideración de vosotros, queridos hermanos y hermanas, algunas reflexiones sobre aquél al cual Dios “confió la custodia de sus tesoros más preciosos” (3). Con profunda alegría cumplo este deber pastoral, para que en todos crezca la devoción al Patrono de la Iglesia universal y el amor al Redentor, al que él sirvió ejemplarmente.

De este modo, todo el pueblo cristiano no sólo recurrirá con mayor fervor a san José e invocará confiado a su patrocinio, sino que tendrá siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir, así como de “participar” en la economía de la salvación (4).

**En la contemplación de
José la Iglesia
reecontraría su identidad**

Considero, en efecto, que si volviere de nuevo a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino podría la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, **que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación.**

Precisamente José de Nazaret “participó” en este misterio como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del verbo Encarnado. El participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno padre “nos predestinó a la adopción” (Ef. 1, 5).

I

EL MARCO EVANGELICO

EL MATRIMONIO CON MARIA

La anunciación a José

2. “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. dar a a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1, 20-21).

En estas palabras se halla el núcleo central de la verdad bíblica sobre san José,

el momento de su existencia al que se refieren particularmente los padres de la Iglesia.

El Evangelista Mateo explica el significado de este momento, delineado también como José lo ha vivido. Sin embargo, para comprender plenamente el contenido y el contexto, es importante tener presente el texto paralelo del **Evangelio de Lucas**. En efecto, en relación con el versículo que dice: “La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo” (Mt. 1, 18), el origen de la gestación de María “por obra del Espíritu Santo” encuentra una descripción más amplia y explícita **en el versículo que se lee en Lucas, sobre la anunciación del nacimiento de Jesús**: “Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María” (Lc. 1, 26-27). Las palabras del ángel: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc. 1, 28), provocaron una turbación interior en María y, a la vez, le llevaron a la reflexión. Entonces el mensajero tranquiliza a la Virgen y, al mismo tiempo, le revela el designio especial de Dios referente a ella misma: “**No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien podrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dar a el trono de David, su padre**” (Lc. 1, 30-32).

El evangelio había afirmado poco antes que, en el momento de la anunciación, María estaba “desposada con un hombre llamado José, de la casa de David”. La naturaleza de este “desposorio” es explicada indirectamente, cuando María, después de haber escuchado lo que el mensajero había dicho sobre el nacimiento del hijo, pregunta:

“¿Cómo será esto, **puesto que no conozco varón?**” (Lc. 1, 34). Entonces le llega esta respuesta: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1, 35). María, si bien ya estaba “desposada” con José, permanecerá virgen, porque el niño, concebido en su seno desde la anunciación, había sido concedido por obra del Espíritu Santo.

En este punto el texto de Lucas coincide con el de Mateo 1, 18 y sirve para explicar lo que en él se lee. Si María, después del desposorio con José, se halló “encinta por obra del Espíritu Santo”, este hecho corresponde a todo el contenido de la anunciación y, de modo particular, a las últimas palabras pronunciadas por María: “**Hágase en mí según tu palabra**” (Lc. 1, 38). Respondiendo al claro designio de Dios, María con el paso de los días y de las semanas se manifiesta ante la gente y ante José “encinta”, como aquella que debe dar a luz y lleva consigo el misterio de la maternidad.

3. A la vista de esto “su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió **repudiarla en secreto**” (Mt. 1, 19), pues no sabía cómo comportarse ante la “sorprendente” maternidad de María. Ciertamente buscaba una respuesta a la inquietante pregunta, pero, sobre todo, buscaba una salida a aquella situación tan difícil para él. **Por tanto**, cuando “**reflexionaba sobre esto**, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: “José, hijo de David, **no temas recibir en tu casa a María, tu esposa**, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dar a a luz un hijo, a quien podrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1, 20-21).

Existe una profunda analogía entre la “anunciación” del texto de Mateo y la del texto de Lucas. **El mensajero divino introduce a José en el misterio de la maternidad de María**. La que según la ley es su “esposa”, permaneciendo virgen, se ha convertido en madre por obra y gracia del Espíritu Santo. Y cuando el Hijo, llevado en el seno por María, venga al mundo, recibirá el nombre de Jesús. Era éste un nombre conocido entre los israelitas y, a veces, se ponía a los hijos. En este caso, sin embargo, **se trata del Hijo**, que, según la promesa divina, **cumplirá plenamente el significado de este nombre: Jesús-Yehosua**, que significa, **Dios salva**.

José es introducido por Dios en el misterio de la maternidad de María

Disponibilidad y obediencia de José

El mensajero se dirige a José como al “esposo de María”, aquel que, a su debido tiempo, tendrá que imponer ese nombre al Hijo que nacerá de la Virgen de Nazaret, desposada con él. El mensajero se dirige, por tanto, a José confiándole la **tarea de un padre terreno respecto al Hijo de María.**

“Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer” (Mt. 1, 24). El la tomó en todo el misterio de su maternidad; la tomó junto con el Hijo que llegaría al mundo por obra del Espíritu Santo, **demonstrando de tal modo una disponibilidad de voluntad, semejante a la de María,** en orden a lo que Dios le pedía por medio de su mensajero.

II

EL DEPOSITARIO DEL MISTERIO DE DIOS

4. Cuando María, poco después de la anunciación, se dirigió a la casa de Zacarías para visitar a su pariente Isabel, mientras la saludaba oyó las palabras pronunciadas por Isabel “llena de Espíritu Santo” (Lc. 1, 41). Además de las palabras relacionadas con el saludo del ángel en la anunciación, Isabel dijo: **“¡Feliz la que ha creído que se cumplían las cosas que lo fueron dichas de parte del Señor!”** (Lc. 1, 45). Estas palabras han sido el pensamiento-guía de la encíclica **Redemptoris Mater**, con la cual he pretendido profundizar en las enseñanzas del Concilio Vaticano II que afirma: **“La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz”** (5) y “precedió” (6) a todos los que, mediante la fe, siguen a Cristo.

Ahora, al comienzo de esta peregrinación, **la fe de María se encuentra con la fe de José.** Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: “Feliz la que ha creído”, en cierto sentido se puede aplicar esta bienaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la palabra de Dios, cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo. En honor a la verdad, José no respondió al “anuncio” del ángel como María; pero **hizo** como le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. **Lo que él hizo es genuina “obediencia de la fe”** (cf. Rom. 1, 5; 16, 26; 2 Cor. 10, 5-6).

Se puede decir que **lo que hizo José** le unió en modo particularísimo a la fe de María. **Aceptó** como verdad proveniente de Dios **lo que ella ya había aceptado** en la anunciación. El Concilio dice al respecto: “Cuando Dios revela hay que prestarle “la obediencia de la fe”, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad y asistiendo voluntariamente a la revelación hecha por él” (7). **La frase anteriormente citada, que concierne a la esencia misma de la fe, se refiere plenamente a José de Nazaret.**

5. El, por tanto, se convirtió en **el depositario singular del misterio** “escondido desde siglos en Dios” (cf. Ef. 3, 9), lo mismo que se convirtió María en aquel momento decisivo que el apóstol llama **“la plenitud de los tiempos”**, cuando “envió Dios a su Hijo, nacido de mujer”, para “rescatara los que se hallaban bajo la ley”, “para que recibieran la filiación adoptiva” (cf. Gál. 3, 4-5). “Dispuso Dios — afirma el Concilio — en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef. 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef. 2, 18; 2 Pe. 1, 4)” (8).

De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario. Con María —y también en relación con María— **él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo,** y participa desde el primer instante. Teniendo a la vista el texto de ambos evangelistas Mateo y Lucas, se puede decir también que José es el primero **en particular de la fe de la Madre de Dios,** y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación. El es asimismo el que ha sido puesto en primer lugar por Dios en la vía de la “peregrinación de la

La obediencia creyente al mensaje divino

El depositario del misterio de la Salvación

fe”, a través de la cual, María, sobre todo en el Calvario y en Pentecostés, precedió de forma eminente y singular (9).

6. La vía propia de José, **su peregrinación de la fe, se concluirá antes**, es decir, antes de que María se detenga ante la Cruz en el Gólgota y antes de que Ella, una vez vuelto Cristo al Padre, se encuentre en el Cenáculo de Pentecostés el día de la manifestación de la Iglesia al mundo, nacida mediante el poder del Espíritu de verdad. Sin embargo, **la vía de la fe de José sigue la misma dirección**, queda totalmente determinada por el mismo misterio del que él junto a María se había convertido en el primer depositario. La encarnación y la redención constituyen una unidad orgánica e indisoluble, donde el “plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí” (10). Precisamente por esta unidad el Papa Juan XXIII, que tenía una gran devoción a S. José estableció que en el Canon romano de la Misa, memorial perpetuo de la redención, se incluyera su nombre junto al de María, y antes del de los Apóstoles, de los Sumos Pontífices y de los Mártires (11).

Juan XXIII introdujo el nombre de José en el Canon de la misa

EL SERVICIO DE LA PATERNIDAD

7. Como se deduce de los textos evangélicos, el matrimonio con María es el fundamento jurídico de la Paternidad de José. Es para asegurar la protección paterna a Jesús por lo que Dios elige a José como esposo de María. Se sigue de esto que la paternidad de José —una relación que lo sitúa lo más cerca posible de Jesús, término de toda elección y predestinación (cf. Rom. 8, 28 s.)— pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia.

Los evangelistas, aun afirmando claramente que Jesús ha sido concebido por obra del Espíritu Santo y que en aquel matrimonio se ha conservado la virginidad (cf. Mt. 1, 18-25; Lc. 1, 26-38), llaman a José esposo de María y a María esposa de José (cf. Mt. 1, 16. 18-20. 24; Lc. 1, 27; 2, 5).

Y también para la Iglesia, si es importante profesar **la concepción virginal de Jesús**, no lo es menos defender **el matrimonio de María con José**, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de José. De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José. “¿Por qué —se pregunta san Agustín— no debían serlo a través de José? ¿No era tal vez José el marido de María, (...) La Escritura afirma, por medio de la autoridad angélica, que él era el **marido**. **No temas, dice, recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo**. Se le ordena poner el nombre del niño, aunque no fuera fruto suyo. **Ella, añade, dar a a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús**. La Escritura sabe que Jesús no ha nacido de la semilla de José, porque a él, preocupado por el origen de la gravidez de ella, se le ha dicho: **es obra del Espíritu Santo**. Y, no obstante, no se le quita la autoridad paterna, visto que se le ordena poner el nombre al niño. Finalmente, aun la misma Virgen María, plenamente consciente de no haber concebido a Cristo por medio de la unión conyugal con él, le llama sin embargo **padre de Cristo** (12).

El hijo de María es también **hijo de José** en virtud del vínculo matrimonial que les une: “a raíz de aquel matrimonio fiel **ambos** merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, **ambos** por medio de la mente, no de la carne” (13).

En este matrimonio no faltaron los requisitos necesarios para su constitución: “En los padres de Cristo se han cumplido todos los bienes del matrimonio: la prole, la fidelidad y el sacramento. Conocemos la **prole**, que es el mismo Señor Jesús; la **fidelidad**, porque no existe adulterio; el **sacramento**, porque no hay divorcio” (14).

Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto san Agustín como santo Tomás la ponen siempre en la “indivisible unión espiritual”, en la “unión de los corazones”, en el “consentimiento” (15), elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de forma ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el

La realidad del matrimonio

Por el matrimonio virginal José merece ser llamado padre de Cristo

La Sagrada familia originaria iglesia doméstica

José sirve a Cristo por su oficio paterno

“Potestad” y “amor” de padre hacia Jesús

matrimonio de María y José el que realiza en plena “libertad” el “don esponsal de sí” al acoger y expresar tal amor (16). “En esta grande obra de renovación de las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de **purificar y santificar la familia**, santuario de amor y cuna de la vida” (17).

¡Cuántas enseñanzas se derivan de todo esto para la familia! Porque “la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor” y “la familia recibe **la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor**, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa” (18); es en la Sagrada Familia, en esta originaria “Iglesia doméstica” (19), donde todas las familias cristianas deben mirarse. En efecto, “por un misterioso designio de Dios, en ella vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es pues el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas” (20).

8. San José ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús **mediante el ejercicio de su paternidad**; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación” (21). Su paternidad se ha expresado concretamente “al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio, al misterio de la encarnación y a la misión redentora que está unida a él; al haber hecho uso de la autoridad legal, que le correspondía sobre la Sagrada Familia, para hacerle don total de sí, de su vida y de su trabajo; al haber convertido su vocación humana al amor doméstico con la oblación sobrehumana de sí, de su corazón y de toda capacidad, en el amor puesto al servicio del Mesías, que crece en su casa” (22).

La liturgia, al recordar que han sido confiados “a la fiel custodia de san José los primeros misterios de la salvación de los hombres” (23), precisa también que “Dios le ha puesto al cuidado de su familia, como siervo fiel y prudente, para que custodiara como padre a su Hijo unigénito” (24). León XIII subraya la sublimidad de esta misión: “El se impone entre todos por su augusta dignidad, dado que por disposición divina fue custodio y, en la creencia de los hombres, padre del Hijo de Dios. De donde se seguía que el Verbo de Dios se sometiera a José, le obedeciera y le diera aquel honor y aquella reverencia que los hijos deben a su propio padre” (25).

Al no ser concebible que a una misión tan sublime no correspondan las cualidades exigidas para llevarla a cabo de forma adecuada, es necesario reconocer que José tuvo hacia Jesús “por don especial del cielo, todo aquel amor natural, toda aquella afectuosa solicitud que el corazón de un padre pueda conocer” (26).

Con la potestad paterna sobre Jesús, Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente, aquel amor que tiene su fuente en el Padre, “de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra” (Ef. 3, 15).

En los Evangelios se expone claramente la tarea paterna de José respecto a Jesús. De hecho, la salvación, que pasa a través de la humanidad de Jesús, se realiza en los gestos que forman parte diariamente de la vida familiar, respetando aquella “condescendencia” inherente a la economía de la encarnación. Los Evangelistas están muy atentos en mostrar cómo en la vida de Jesús nada se deja a la casualidad y todo se desarrolló según un plan divinamente preestablecido. La fórmula repetida a menudo: “Así sucedió, para que se cumpliera...” y la referencia del acontecimiento descrito a un texto del Antiguo Testamento, tienden a subrayar la unidad y la continuidad del proyecto, que alcanza en Cristo su cumplimiento.

Con la encarnación las “promesas” y las “figuras” del Antiguo Testamento se hacen “realidad”: lugares, personas, hechos y ritos se entremezclan según precisas órdenes divinas, transmitidas mediante el ministerio angélico y recibidos por



"Milagrosa imagen" del Santuario de Kalisz, en Polonia

La vida privada y oculta de Jesús confiada a la custodia de José

criaturas particularmente sensibles a la voz de Dios. María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser la Madre de Dios; José es aquel que Dios ha elegido para ser “el coordinador del nacimiento del Señor” (27), aquél que tiene el encargo de proveer a la inserción “ordenada” del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto “privada” como “escondida” de Jesús ha sido confiada a su custodia.

EL CENSO

José inscribe a Jesús en el censo y le introduce así entre los hombres

9. Dirigiéndose a Belén para el censo, de acuerdo con las disposiciones emanadas por la autoridad legítima, José, respecto al niño, cumplió la tarea importante y significativa de inscribir oficialmente el nombre de “Jesús, hijo de José de Nazaret” (cf. Jn. 1, 45) en el registro del Imperio. Esta inscripción manifiesta de forma evidente la pertenencia de Jesús al género humano, hombre entre los hombres, ciudadano de este mundo, sujeto a las leyes e instituciones civiles, pero también “salvador del mundo”. Orígenes describe acertadamente el significado teológico inherente a este hecho histórico, ciertamente nada marginal: “Dado que el primer censo de toda la tierra acaeció bajo César Augusto y, como todos los demás, también José se hizo registrar junto con María su esposa, que estaba encinta, Jesús nació antes de que el censo se hubiera llevado a cabo; a quien considere esto con profunda atención, le parecerá ver una especie de misterio en el hecho de que en la declaración de toda la tierra debiera ser censado Cristo. De este modo, registrado con todos, podía santificar a todos; inscrito en el censo con toda la tierra, a la tierra ofrecía la comunión consigo; y después de esta declaración escribía a todos los hombres de la tierra en el libro de los vivos, de modo que cuantos hubieran creído en él fueran luego registrados en el cielo con los Santos de Aquel a quien se debe la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (28).

EL NACIMIENTO EN BELEN

Testigo del Nacimiento y de la Adoración de los Pastores y Magos

10. Como depositarios del misterio “escondido desde siglos en Dios” y que empieza a realizarse ante sus ojos “en la plenitud de los tiempos”, José es con María, en la noche de Belén, testigo privilegiado de la venida del Hijo de Dios al mundo. Así lo narra Lucas: “Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento” (Lc. 2, 6-7).

José fue testigo ocular de este nacimiento, acaecido en condiciones humanamente humillantes, primer anuncio de aquel “anonadamiento” (Flp. 2, 5-8), al que Cristo libremente consintió para redimir los pecados. Al mismo tiempo José fue testigo de la adoración de los pastores, llegados al lugar del nacimiento de Jesús después de que el ángel les había traído esta grande y gozosa nueva (cf. Lc. 2, 15-16); más tarde fue también testigo de la adoración de los Magos, venidos de Oriente (cf. Mt. 2, 11).

LA CIRCUNCISION

11. Siendo la circuncisión del hijo el primer deber religioso del padre, José con este rito (cf. Lc. 2, 21) ejercita su derecho-deber respecto a Jesús.

El principio según el cual todos los ritos del Antiguo Testamento son una sombra de la realidad (cf. Heb. 9, 9 s.; 10, 10, 1), explica el porqué Jesús los acepta. Como para los otros ritos, también el de la circuncisión halla en Jesús el “cumplimiento”. La Alianza de Dios con Abrahán, de la cual la circuncisión era signo (cf. Jn. 17, 13), alcanza en Jesús su pleno efecto y su perfecta realización, siendo Jesús el “sí” de todas las antiguas promesas (cf. 2 Cor. 1, 20).

LA IMPOSICION DEL NOMBRE

José impone al Niño su Nombre de significación salvífica

12. En la circuncisión, José impone al niño el nombre de Jesús. Este nombre es el único en el que se halla la salvación (cf. Act. 4, 12); y a José le había sido revelado el significado en el instante de su “anunciación”: “Y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1, 21). Al imponer el nombre, José declara su paternidad legal sobre Jesús y, al proclamar el nombre, proclama también su misión salvadora.

LA PRESENTACION DE JESUS EN EL TEMPLO

“Su padre y su madre” lo presentan en el Templo

13. Este rito, narrado por Lucas (2, 2 ss.), incluye el rescate del primogénito e ilumina la posterior permanencia de Jesús a los doce años de edad en el templo.

El rescate del primogénito es otro deber del padre, que es cumplido por José. En el primogénito estaba representado el pueblo de la Alianza, rescatado de la esclavitud para pertenecer a Dios. También en esto, Jesús, que es el verdadero “precio” del rescate (cf. 1 Cor. 6, 20; 7, 23; 1 Ped. 1, 19), no sólo “cumple” el rito del Antiguo Testamento, sino que, al mismo tiempo, lo supera, al no ser él mismo un sujeto de rescate, sino el autor mismo del rescate.

El Evangelista pone de manifiesto que “su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él” (Lc. 2, 33), y, de modo particular, de lo dicho por Simeón, en su canto dirigido a Dios, al indicar a Jesús como la “salvación preparada por Dios a la vista de todos los pueblos” y “luz para iluminar los gentiles y gloria de su pueblo Israel” y, más adelante, también “señal de contradicción” (cf. Lc. 2, 30-34).

LA HUIDA A EGIPTO

14. Después de la presentación en el templo el evangelista Lucas hace notar: “Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, **volvieron a Galilea**, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él” (Lc. 2, 39-40).

Pero, según el texto de Mateo, antes de este regreso a Galilea, hay que situar un acontecimiento muy importante, para el que la Providencia divina recurre nuevamente a José. Leemos: “Después que ellos (los Magos) se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: **“Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar el niño para matarle”** (Mt. 2, 13). Con ocasión de la venida de los magos de Oriente, Herodes supo del nacimiento del “rey de los judíos” (Mt. 2, 2). Y cuando partieron los Magos él “envió a matar a todos los niños de Belén y de toda la comarca, de dos años para abajo” (Mt. 2, 16). De este modo, matando a todos, quería matar a aquel recién nacido “rey de los judíos”, de quien había tenido conocimiento durante la visita de los magos a su corte. Entonces José, habiendo sido advertido en sueños, “tomó al niño y a su madre y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: “De Egipto llamé a mi hijo” (Mt. 2, 14-15, cf. Os. 11, 1).

José cooperador del misterio de la Providencia de Dios

De este modo, el camino de regreso de Jesús desde Belén a Nazaret pasó a través de Egipto. Así como Israel había tomado la vía del éxodo “en condición de esclavitud” para iniciar la Antigua Alianza, José, depositario y cooperador del misterio providencial de Dios, custodia también en el exilio a aquel que realiza la Nueva Alianza.

JESUS EN EL TEMPLO

15. Desde el momento de la anunciación, José, junto con María, se encontró en cierto sentido en la intimidad del misterio escondido desde siglos en Dios, y que se encarnó: “Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros” (Jn.

1, 14). El habitó entre los hombres, y el ámbito de su morada fue **la Sagrada Familia de Nazaret**, una de tantas familias de esta aldea de Galilea, una de tantas familias de Israel. Allí Jesús “crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él: (Lc. 2, 40). Los Evangelios compendian en pocas palabras el **largo período de la vida “oculta”**, durante el cual Jesús se preparaba a su misión mesiánica. Un solo episodio se sustrae a este “ocultamiento”, que es descrito **en el Evangelio de Lucas: la Pascua de Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años.**

“Tu padre y yo te andábamos buscando”

Jesús participó en esta fiesta como joven peregrino junto con María y José. Y he aquí que “pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres” (Lc. 2, 43). Pasado un día se dieron cuenta e iniciaron la búsqueda entre los parientes y conocidos: “Al cabo de tres días, **lo encontraron en el templo** sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas” (Lc. 2, 46-47). María le pregunta: “Hijo ¿por qué nos has hecho esto? **Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando**” (Lc. 2, 48). La respuesta de Jesús fue tal que “ellos no comprendieron”. El les había dicho: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que **yo debía ocuparme en las cosas de mi Padre?**” (Lc. 2, 49-50).

Esta respuesta la oyó José, a quien María se había referido poco antes llamándole “tu padre”. Y así es lo que se decía y pensaba: “Jesús... era, según se creía, hijo de José” (Lc. 3, 23). No obstante, la respuesta de Jesús en el templo habría reafirmado en la conciencia del “presunto padre” lo que éste había oído una noche doce años antes: “José... no temas tomar contigo a María, tu mujer, **porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo**” (Mt. 1, 20). Ya desde entonces, él sabía que era depositario del misterio de Dios, **y Jesús en el templo evocó exactamente este misterio:** “Debo ocuparme en las cosas de mi Padre”.

EL MANTENIMIENTO Y EDUCACION DE JESUS DE NAZARET

16. El crecimiento de Jesús “en sabiduría, edad y gracia” (Lc. 2, 52) se desarrolla en el ámbito de la Sagrada Familia, a la vista de José, que tenía la alta misión de “criarle”, esto es, alimentar, vestir e instruir a Jesús en la Ley y en un oficio, como corresponde a los deberes propios del padre.

Jesús vivía sujeto a sus padres

En el sacrificio eucarístico la Iglesia venera ante todo la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, pero también la del bienaventurado José (29) porque “alimentó a aquel que los fieles comerían como pan de vida eterna” (30).

Por su parte, Jesús “vivía sujeto a ellos” (Lc. 2, 51), correspondiendo con el respeto a las atenciones de sus “padres”. De esta manera quiso santificar los deberes de la familia y del trabajo que desempeñaba al lado de José.

III

EL VARON JUSTO - EL ESPOSO

17. Durante su vida, que fue una peregrinación en la fe, José, al igual que María, permaneció fiel a la llamada de Dios hasta el final. La vida de ella fue el cumplimiento hasta sus últimas consecuencias de aquel primer “fiat” pronunciado en el momento de la anunciación, mientras que José —como ya se ha dicho— en el momento de su “anunciación” no pronunció palabra alguna. **Simplemente él “hizo como el ángel del Señor le había mandado”** (Mt. 1, 24). **Y este primer “hizo” es el comienzo del “camino de José”.** A lo largo de este camino, los Evangelios no citan ninguna palabra dicha por él. Pero **el silencio de José** posee una especial elocuencia: gracias a este silencio se puede leer plenamente la verdad contenida en el juicio que de él da el Evangelio: el “justo” (Mt. 1, 19).

José, varón justo, “hizo lo que Dios le mandaba”

Hace falta saber leer esta verdad, porque ella contiene **uno de los testimonios más importantes acerca del hombre y de su vocación.** En el transcurso de las generaciones la Iglesia lee, de modo siempre atento y consciente, dicho testimonio,

casi como si sacase del tesoro de esta figura insigne “lo nuevo y lo viejo” (Mt. 13, 52).

18. El varón “justo” de Nazaret posee ante todo las características propias del esposo. El Evangelista habla de María como de “una virgen desposada con un hombre llamado José” (Lc. 1, 27). Antes de que comience a cumplirse “el misterio escondido desde siglos” (Ef. 3, 9) los Evangelios ponen ante nuestros ojos, **la imagen del esposo y de la esposa**. Según la costumbre del pueblo hebreo, el matrimonio se realizaba en dos etapas: primero se celebraba el matrimonio legal (verdadero matrimonio) y, sólo después de un cierto período, el esposo introducía en su casa a la esposa. Antes de vivir con María, José era, por tanto, su “esposo”; **pero María conservaba en su intimidad el deseo de entregarse a Dios de modo exclusivo**. Se podría preguntar cómo se concilia este deseo con el “matrimonio”. La respuesta viene sólo del desarrollo de los acontecimientos salvíficos, esto es, de la especial intervención de Dios. Desde el momento de la anunciación, María sabe que **debe llevar a cabo su deseo virginal** de darse a Dios de modo exclusivo y total precisamente por el hecho de **llegara ser la madre del Hijo de Dios**. La maternidad por obra del Espíritu Santo es la forma de donación que el mismo Dios espera de la Virgen, “esposa prometida” de José, María pronuncia su “fiat”.

El hecho de ser ella la “esposa prometida” de José **está contenido en el designio mismo de Dios**. Así lo indican los dos Evangelistas citados, pero de modo particular Mateo. Son muy significativas las palabras dichas a José: “No temas tomar contigo a María, **tu mujer**, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo” (Mt. 1, 20). Estas palabras explican el misterio de la esposa de José: María es virgen en su maternidad. En ella el “Hijo del Altísimo” asume un cuerpo humano y viene a ser “el Hijo del hombre”.

Dios, dirigiéndose a José con las palabras del ángel, se dirige a él **al ser el esposo de la Virgen de Nazaret**. Lo que se ha cumplido en ella por obra del Espíritu Santo expresa al mismo tiempo una especial **confirmación del vínculo sponsal**, existente ya antes entre José y María. El mensajero dice claramente a José: “No temas tomar contigo a María tu mujer”. Por tanto, lo que había tenido lugar antes —esto es, sus desposorios con María— había sucedido por voluntad de Dios y, consiguientemente, había que conservarlo. En su maternidad divina María ha de continuar viviendo como “una virgen, esposa de un esposo” (cf. Lc. 1, 27).

19. En las palabras de la “anunciación” nocturna, José escucha no sólo la verdad divina acerca de la inefable vocación de su esposa, sino que también **vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación**. Este hombre “justo”, que en el espíritu de las más nobles tradiciones del pueblo elegido amaba a la virgen de Nazaret y se había unido a ella con amor sponsal, es llamado nuevamente por Dios, a este amor.

“José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer” (Mt. 1, 24); lo que en ella había sido engendrado “es del Espíritu Santo”. A la vista de estas expresiones, ¿no habrá que concluir que también **su amor como hombre ha sido regenerado por el Espíritu Santo**? ¿No habrá que pensar que el amor de Dios, que ha sido derramado en el corazón humano por medio del Espíritu Santo (Cf. Rom. 5, 5) configura de modo perfecto el amor humano? Este amor de Dios forma también —y de modo muy singular— el amor sponsal de los cónyuges, profundizando en él todo lo que tiene de humanamente digno y bello, lo que lleva el signo del abandono exclusivo, de la alianza de las personas y de la comunión auténtica a ejemplo del Misterio trinitario.

“José ... tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo” (Mt. 1, 24-25). Estas palabras indican también **otra proximidad sponsal**. La profundidad de esta proximidad, es decir, la intensidad espiritual de la unión y del contacto entre personas —entre el hombre y la mujer— proviene en definitiva del Espíritu Santo, que da la vida (ct. Jn. 6, 63), **José, obediente al Espíritu, encontró justamente en Él la fuente del amor**, de su amor sponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquel “varón justo” podía esperarse según la medida del

Esposo de María

El misterio del amor de José hacia su Esposa María

El amor de José y María simbolizan el de Cristo y la Iglesia

propio corazón humano.

20. En la liturgia se celebra a María como “unida a José, el hombre justo, por un estrechísimo y virginal vínculo de amor” (31). Se trata, en efecto, de dos amores que representan **conjuntamente** el misterio de la Iglesia, virgen y esposa, la cual encuentra en el matrimonio de María y José su propio símbolo. “La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo” (32), que es comunión de amor entre Dios y los hombres.

Mediante el sacrificio total de sí mismo José expresa su generoso amor hacia la Madre de Dios, haciéndole “don esponsal de sí”. Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en ella, él, por expresa orden del ángel, la tiene consigo y respeta su pertenencia exclusiva a Dios.

José participa de la altísima dignidad de la Madre de Dios

Por otra parte, es precisamente del matrimonio con María del que derivan para José su singular dignidad y sus derechos sobre Jesús. “Es cierto que la dignidad de Madre de Dios llega tan alto que nada puede existir sublime; más, porque entre la beatísima Virgen y José se estrechó un lazo conyugal, no hay duda de que a aquella altísima dignidad, por la que la Madre de Dios supera con mucho a todas las criaturas, **él se acercó más que ningún otro**. Ya que el matrimonio es el máximo consorcio y amistad —al que de por sí va unida la comunión de bienes— se sigue que, si Dios ha dado a José como esposo a la Virgen, se lo ha dado no sólo como compañero de vida, testigo de la virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que **participase**, por medio del pacto conyugal, en la excelsa grandeza de ella” (33).

En la Sagrada Familia de Nazaret, José es el padre

21. **Este vínculo de caridad constituyó la vida de la Sagrada Familia**, primero en la pobreza de Belén, luego en el exilio en Egipto y, sucesivamente, en Nazaret. La Iglesia rodea de profunda veneración a esta Familia, proponiéndola como modelo para todas las familias. La Familia de Nazaret, inserta directamente, en el misterio de la encarnación, constituye un misterio especial. Y —al igual que en la encarnación— a este misterio pertenece también una verdadera paternidad: **la forma humana de la familia del Hijo de Dios**, verdadera familia humana formada por el misterio divino. **En esta familia José es el padre: no es la suya una paternidad** derivada de la generación; y, sin embargo, no es “aparente” o solamente “sustitutiva”, sino que posee **plenamente la autenticidad de la paternidad humana** y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo-Hijo, Jesucristo. Junto con la asunción de la humanidad, en Cristo está también **“asumido” todo lo que es humano, en particular, la familia**, como primera dimensión de su existencia en la tierra. En este contexto está también “asumida” la paternidad de José.

José aceptó mediante la fe su paternidad humana hacia Jesús

En base a este principio adquieren su justo significado las palabras de María a Jesús en el templo: **“Tu padre y yo ... te buscábamos”**. Esta no es una frase convencional; las palabras de la Madre de Jesús indican toda la realidad de la encarnación, que pertenece al misterio de la Familia de Nazaret. **José**, que desde el principio **aceptó mediante la “obediencia de la fe”** su paternidad humana respecto a Jesús, siguiendo la luz del Espíritu Santo, que mediante la fe se da al hombre, descubría ciertamente cada vez más el **don inefable de su paternidad**.

IV

EL TRABAJO EXPRESION DEL AMOR

En la vida oculta Jesús participa del trabajo de José.

22. **Expresión cotidiana de este amor en la vida de la Familia de Nazaret es el trabajo**. El texto evangélico precisa el tipo de trabajo con el que José trataba de asegurar el mantenimiento de la Familia: **el de carpintero**. Esta simple palabra abarca toda la vida de José. Para Jesús éstos son los años de la vida escondida, de

la que habla el evangelista trae el episodio ocurrido en el templo: “Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos” (Lc. 2, 51). Esta “**sumisión**”, es decir, la obediencia de **Jesús** en la casa de Nazaret, es **entendida también como participación en el trabajo de José**. El que era llamado “el hijo del carpintero” había aprendido el trabajo de su “padre” putativo. Si la Familia de Nazaret en el orden de la salvación y de la santidad es ejemplo y modelo para las familias humanas, lo es también análogamente **el trabajo de Jesús al lado de José, el carpintero**. En nuestra época la Iglesia ha puesto también esto de relieve con la fiesta litúrgica de San José Obrero, el 1º de mayo. **El trabajo humano** y, en particular, el trabajo manual **tienen en el Evangelio un significado especial**. Junto con la humanidad del Hijo de Dios, el trabajo ha formado parte del misterio de la encarnación, y también **ha sido redimido de modo particular**. Gracias a su banco de trabajo sobre el que ejercía su profesión con Jesús, José acercó el trabajo humano al misterio de la redención.

El trabajo como bien del hombre

23. En el crecimiento humano de Jesús “en sabiduría, edad y gracia” representó una parte notable **la virtud de la laboriosidad**, al ser “el trabajo un bien del hombre” que “transforma la naturaleza” y que hace al hombre “en cierto sentido más hombre” (34).

La importancia del trabajo en la vida del hombre requiere que se conozcan y asimilen aquellos contenidos “que ayuden a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de sacerdote, profeta y rey” (35).

La santificación de la vida cotidiana

24. Se trata, en definitiva, de la santificación de la vida cotidiana, que cada uno debe alcanzar según el propio estado y que puede ser fomentada según un modelo accesible a todos: “San José es el modelo de los humildes, que el cristianismo eleva a grandes destinos; san José es la prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo no se necesitan “grandes cosas”, sino que se requieren solamente las virtudes comunes, humanas, sencillas, pero verdaderas y auténticas” (36).

V

EL PRIMADO DE LA VIDA INTERIOR

José modelo de vida contemplativa. La acción de Santa Teresa de Jesús

25. También el trabajo de carpintero en la casa de Nazaret está envuelto por el mismo clima de silencio que acompaña todo lo relacionado con la figura de José. Pero es un **silencio que descubre de modo especial el perfil interior** de esta figura. Los Evangelios hablan exclusivamente de lo que José “hizo”; sin embargo permiten descubrir en sus “acciones” —ocultas por el silencio— un clima de **profunda contemplación**. José estaba en contacto cotidiano con el misterio “escondido desde siglos”, que “puso su morada” bajo el techo de su casa. Esto explica, por ejemplo, por qué Santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del Carmelo contemplativo, se hizo promotora de la renovación del culto a san José en la cristiandad occidental.

Totalmente puesto a disposición de Dios

26. El sacrificio total, que José hizo de toda su existencia a las exigencias de la venida del Mesías a su propia casa, encuentra una razón adecuada “en su indomable vida interior, de la que le lleguen mandatos y consuelos singularísimos, y de donde surge para él la lógica y la fuerza —propia de las almas sencillas y limpias— para las grandes decisiones, como la de poner en seguida a disposición de los designios divinos su libertad, su legítima vocación humana, su fidelidad conyugal, aceptando de la familia su condición propia, su responsabilidad y peso, y renunciando, por su amor virginal incomparable, al natural amor conyugal que la constituye y alimenta” (37).

Esta sumisión a Dios, que es disponibilidad de ánimo para dedicarse a las cosas que se refieren a su servicio, no es otra cosa que **el ejercicio de la devoción**, la cual

José al servicio de la eficacia salvadora de la humanidad de Cristo

Luminoso ejemplo de vida interior a la vez activa y contemplativa

Pío IX declaró a la Iglesia bajo la protección especial de San José

León XIII explicó las razones de este Patrocinio

constituye una de las expresiones de la virtud de la religión (38).

27. La comunión de vida entre José y Jesús nos lleva todavía a considerar el misterio de la encarnación precisamente bajo el aspecto de la humanidad de Cristo, instrumento eficaz de la divinidad en orden a la santificación de los hombres: “En virtud de la divinidad, las acciones humanas de Cristo fueron salvíficas para nosotros, produciendo en nosotros la gracia tanto por razón del mérito, como por una cierta eficacia” (39).

Entre estas acciones los Evangelistas resaltan las relativas al misterio pascual, pero tampoco olvidan subrayar la importancia del contacto físico con Jesús en orden a la curación (cf. p.e., Mc. 1, 41) y el influjo ejercido por él sobre Juan Bautista, cuando ambos estaban aún en el seno materno (cf. 1, 41-44).

El testimonio apostólico no ha olvidado —como hemos visto— la narración del nacimiento de Jesús, la circuncisión, la presentación en el templo, la huida a Egipto y la vida oculta en Nazaret, por el “misterio” de gracia contenido en tales “gestos”, todos ellos salvíficos, al ser partícipes de la misma fuente de amor: la divinidad de Cristo. Si este amor se irradiaba a todos los hombres, a través de la humanidad de Cristo, los beneficiados en primer lugar eran ciertamente: María, su madre, y su padre putativo, José, a quienes la voluntad divina había colocado en su estrecha intimidad (40).

Puesto que el amor “paterno” de José no podía dejar de influir en el amor “filial” de Jesús y, viceversa, el amor “filial” de Jesús no podía dejar de influir en el amor “paterno” de José, ¿cómo adentrarnos en la profundidad de esta relación singularísima? Las almas más sensibles a los impulsos del amor divino ven con razón en José un luminoso ejemplo de vida interior.

Además, la aparente tensión entre la vida activa y la contemplación encuentra en él una superación ideal, cosa posible en quien posee la perfección de la caridad. Según la conocida distinción entre el amor de la verdad (**caritas veritatis**) y la exigencia del amor (**necessitas caritatis**) (41), podemos decir que José ha experimentado tanto el **amor a la verdad**, esto es, el puro amor de contemplación de la Verdad divina que irradiaba de la humanidad de Cristo, como la **exigencia del amor**, esto es, el amor igualmente puro del servicio, requerido por la tutela y por el desarrollo de aquella misma humanidad.

VI

PATRONO DE LA IGLESIA DE NUESTRO TIEMPO

28. En tiempos difíciles para la Iglesia, Pío IX, queriendo ponerla bajo la especial protección del santo patriarca José, lo declaró “Patrono de la Iglesia Católica” (42). El Pontífice sabía que no se trataba de un gesto peregrino, pues, a causa de la excelsa dignidad concedida por Dios a este su siervo fiel, “la Iglesia, después de la Virgen Santa, su esposa, tuvo siempre en gran honor y colmó de alabanzas al bienaventurado José, y a él recurrió sin cesaren las angustias” (43).

¿Cuáles son los motivos para tal confianza? León XIII los expuso así: “Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial Patrono de la Iglesia, y por las que a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús (...). José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia (...). Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo” (44).

29. Este patrocinio debe ser invocado y todavía es necesario a la Iglesia no sólo como defensa contra los peligros que surgen, sino también y sobre todo como aliento en su renovado empeño de evangelización en el mundo y de reevangelización en

En las pruebas y responsabilidades actuales debemos invocar el Patrocinio de José

aquellos “países y naciones, en los que —como he escrito en la Exhortación Apostólica Post-Sinodal **Christifideles laici**— la religión y la vida cristiana fueron florecientes y que “están ahora sometidos a dura prueba” (45). Para llevar el primer anuncio de Cristo y para volver a llevarlo allí donde está descuidado u olvidado, la Iglesia tiene necesidad de un especial “poder desde lo alto” (cf. Lc. 24, 49; Act. 1, 8), don ciertamente del Espíritu del Señor, no desligado de la intercesión y del ejemplo de sus Santos.

Ejemplo insigne para toda la Iglesia

30. Además de la certeza en su segura protección, la Iglesia confía también en el ejemplo insigne de José; un ejemplo que supera los estados de vida particulares y se propone a toda la Comunidad cristiana, cualquiera que sean las condiciones y las funciones de cada fiel.

José modelo de obediencia y de absoluta disponibilidad

Como se dice en la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la divina Revelación, la actitud fundamental de toda la Iglesia debe ser de “religiosa escucha de la Palabra de Dios” (46), esto es, de disponibilidad absoluta para servir fielmente a la voluntad salvífica de Dios revelada en Jesús. Ya al inicio de la redención humana encontramos el modelo de la obediencia —después del de María— precisamente en José, el cual se distingue por la fiel ejecución de los mandatos de Dios.

La invitación de Paulo VI

Pablo VI invitaba a invocar este patrocinio “como la Iglesia, en estos últimos tiempos suele hacer; ante todo, para sí, en una espontánea reflexión teológica sobre la relación de la acción divina con la acción humana, en la gran economía de la redención, en la que la primera, la divina, es completamente suficiente, pero la segunda, la humana, la nuestra, aunque no puede nada (cf. Jn. 15, 5), nunca está dispensada de una humilde, pero condicional y ennoblecedora colaboración. Además, la iglesia lo invoca como protector con un profundo y actualísimo deseo de hacer florecer su terrena existencia con genuinas virtudes evangélicas, como resplandecen en san José” (47).

Hemos de orar con las palabras de León XIII

31. La Iglesia transforma estas exigencias en oración. Y recordando que Dios ha confiado los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de san José, le pide que le conceda colaborar fielmente en la obra de la salvación, que le dé un corazón puro, como san José, que se entregó por entero a servir al Verbo Encarnado, y que “por el ejemplo y la intercesión de san José, servidor fiel y obediente, vivamos siempre consagrados en justicia y santidad” (48).

“Contra hostiles insidias y contra toda adversidad”

Hace ya cien años el Papa León XIII exhortaba al mundo católico a orar para obtener la protección de san José, patrono de toda la Iglesia. La Carta Encíclica **Quamquam Pluries** se refería a aquel “amor paterno” que José “profesaba al niño Jesús”; a él, “próvido custodio de la Sagrada Familia” recomendaba la “heredad que Jesucristo conquistó con su santidad”. Desde entonces, **la Iglesia** —como he recordado al comienzo— **implora la protección de san José** en virtud de “aquel sagrado vínculo que lo une a la Inmaculada Virgen María”, y le encomienda todas sus preocupaciones y los peligros que amenazan a la familia humana.

Ante el nuevo milenio cristiano

Aún hoy tenemos muchos motivos para orar con las mismas palabras de León XIII: “Aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios... Asístenos propicio desde el cielo en esa lucha contra el poder de las tinieblas...; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad” (49). Aún hoy existen suficientes motivos para encomendar a todos los hombres a san José.

32. Deseo vivamente que el presente recuerdo de la figura de san José renueve también en nosotros la intensidad de la oración que hace un siglo mi Predecesor recomendó dirigirle. Esta plegaria y la misma figura de José adquieren una renovación de actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo Milenio cristiano.

El Concilio Vaticano II ha sensibilizado de nuevo a todos hacia “las grandes cosas de Dios”, hacia la “economía de la salvación” de la que José fue ministro particular. Encomendándonos, por tanto, a la protección de aquel a quien Dios

Aprendamos de José el servicio a la misión salvífica de Cristo

Que José nos muestra el camino hacia la “plenitud de los tiempos”

Que San José nos obtenga la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

mismo “confió la custodia de sus tesoros más preciosos y más grandes” (50) **aprendamos al mismo tiempo de él a servir a la “economía de la salvación”**. Que san José sea para todos un maestro singular en servir a la **misión salvífica de Cristo**, tarea que en la Iglesia compete a todos y a cada uno: a los esposos y a los padres, a quienes viven del trabajo de sus manos o de cualquier otro trabajo, a las personas llamadas a la vida contemplativa, así como a las llamadas al apostolado.

El varón justo, que llevaba consigo todo el patrimonio de la antigua Alianza, ha sido también **introducido en el “comienzo” de la nueva y eterna Alianza en Jesucristo**. Que él nos indique el camino de esta Alianza salvífica, ya a las puertas del próximo Milenio, durante el cual debe perdurar y desarrollarse ulteriormente la “plenitud de los tiempos”, que es propia del misterio inefable de la encarnación del Verbo.

Que san José obtenga para la Iglesia y para el mundo, así como para cada uno de nosotros, la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen María, del año 1989, undécimo de mi Pontificado.

Juan Pablo II

NOTAS

(1) Cf. S. IRENEO, *Adversus haereses*, IV, 23, 1: S: Ch. 100/2, pp. 692-694.

(2) LEON XIII, Carta Encíclic. **Quamquam Pluries** (15 de agosto de 1889): **Actas de León XIII**, IX (1890), pp. 175-182.

(3) SAGR. CONGREG. RITOS, Decr. **Quemadmodum Deus** (8 de diciembre de 1870): **Pii IX P.M. Acta**, pars 1, vol. V, p. 282; Pío IX, Carta Apostól. **Inclytum Patriarcham** (7 de julio de 1871): l.c., pp. 331-335.

(4) Cf. S. JUAN CRISOSTOMO, **Sobre Mateo**, 5, 3: PG 57, 57 s.; Doctores de la Iglesia y Sumos Pontífices, en base también a la identidad del nombre, han visto en José de Egipto la figura de José de Nazaret, por haber simbolizado, en cierto modo, la labor y la grandeza de custodia de los más preciosos tesoros de Dios Padre del Verbo Encarnado y de su Santísima Madre; cf., por ejemplo, S. BERNARDO, sobre “Missus est.”, **Hom. II, 16: S. Bernardi Opera**, Ed. Cist., IV, 33 s.; LEON XIII, Carta Encíclic. **Quamquam Pluries** (15 de agosto de 1889): l.c., p. 179.

(5) Const. dogm. **Lumen Gentium** sobre la Iglesia, 58.

(6) Cf. **Ibid.**, 63.

(7) Cons. dogm. **Dei Verbum** sobre la divina Revelación, 5.

(8) **Ibid.**, 2.

(9) Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. **Lumen Gentium** sobre la Iglesia, 63.

(10) CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. **Dei Verbum** sobre la divina Revelación,

2.

(11) S. CONGR. DE RITOS, Decr. **Novis hisce temporibus** (13 de noviembre de 1962): AAS. 54 (1962), p. 873.

(12) S. AGUSTIN, **Sermón**, 51, 10, 16: PL. 38, 342.

(13) S. AGUSTIN, **De nuptiis et concupiscentia**, I, 11, 12: PL. 44, 21; cf. **De consensu evangelistarum**, II, 1, 2: PL. 34, 1071; **Contra Faustum**, III, 2: PL. 42, 214.

(14) S. AGUSTIN, **De nuptiis et concupiscentia**, I, 11, 43: PL. 44, 421; cf. **Contra Iulianum**, V, 12, 46: PL. 44, 810.

(15) S. AGUSTIN, **Contra Faustum**, XXIII, 8; PL. 42, 470 s.; **De consensu evangelistarum**, II, 1, 3: PL. 34, 1072; **Sermón** 51, 13, 21: PL. 38, 344 s.; S. TOMAS, **Suma Teol.**, III, q. 29, a. 2 en conclus.

(16) Cf. **Alocuciones** del 9 de enero; 16 de enero; 20 de febrero de 1980; **Insegnamenti**, III/I (1980), pp. 88-92; 148-152; 428-431.

(17) PABLO VI, **Alocución** al Movimiento “Equipos Notre-Dame (4 de mayo de 1970), n. 7: AAS 62 (1970), p. 431. Análoga exaltación de la Familia de Nazaret como modelo absoluto de la comunidad familiar se halla, por ejemplo, en LEON XIII, Carta Apost. **Neminem Fugit** (14 de junio de 1892): **Actas de León XIII**, XII (1892), pp. 149 s.; BENEDICTO XV, Motu Proprio **Bonum sane** (25 de julio de 1920): AAS 12 (1920), pp. 313-317.

- (18) Exhort. Apostol. **Familiaris consortio** (22 de noviembre de 1981). 17: AAS 74 (1982), p. 100.
- (19) **Ibid.**, 49: I.c., p. 140; cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. **Lumen gentium** sobre la Iglesia, 11; Decreto **Apostolicam actuositatem** sobre el apostolado de los Seglares, 11.
- (20) Exhort. Apost. **Familiaris consortio** (22 de noviembre de 1981), 85: I.c., pp. 189 s.
- (21) S. JUAN CRISOSTOMO, **Hom. sobre Mateo V**, 3: PG 57, 57-58.
- (22) PABLO VI, **Alocución** (19 de marzo de 1966): **Insegnamenti**, IV (1966), p. 110.
- (23) Cf. **Misal Romano, colecta de la Solemnidad de San José** Esposo de la B. M. V.
- (25) Carta Encicl. **Quamquam Pluries** (15 de agosto de 1989): I.c., p. 178.
- (26) PIO XII, **Radiomensaje** a los alumnos de las escuelas católicas de los Estados Unidos de América (19 de febrero de 1958): AAS 50 (1958), P. 174.
- (27) ORIGENES, **Hom. XIII sobre Lucas**, 7: S. Ch. 87, pp. 214 s.
- (28) ORIGENES, **Hom. X sobre Lucas**, 6: S. Ch. 87, pp. 196 s.
- (29) Cf. **Misal Romano, Oración Eucarística, I**.
- (30) SAGR. CONGR. RITOS, Decr. **Quemadmodum Deus** (8 de diciembre de 1870): I.c., p. 282.
- (31) **Colección de Misas de Santa María Virgen, I**, “*Sancta María de Nazaret*”, **Prefacio**.
- (32) Exhort. Apost. **Familiaris consortio** (22 de noviembre de 1981), 16: I.c., p. 98.
- (33) LEON XIII, Carta Encicl. **Quamquam Pluries** (15 de agosto de 1889): I.c., pp. 177 s.
- (34) Cf. Carta Encicl. **Laborem exercens** (14 de septiembre de 1981), 9: AAS 73 (1981), pp. 599 s.
- (35) **Ibid.**, 24: I.c., p. 638. Los Sumos Pontífices en tiempos recientes han presentado constantemente a san José como “modelo” de los obreros y de los trabajadores; cf., por ejemplo, LEON XIII, Carta Encicl. **Quamquam Pluries** (15 de agosto de 1889): I.c., p. 180; BENEDICTO XV, Motu Proprio **Bonum sane** (25 de julio de 1920): I.c., pp. 314-316; PIO XII **Alocución** (11 de marzo de 1945), 4: AAS 37 (1945), p. 72; **Alocución** (1º de mayo de 1955): AAS 47 (1955), 406; JUAN XXIII, **Radiomensaje** (1º de mayo de 1960): AAS 52 (1960), p. 398.
- (36) PABLO VI, **Alocución** (19 de marzo de 1969): **Insegnamenti** (1969), p. 1268.
- (37) **Ibid.**: I.c., p. 1267.
- (38) Cf. S. TOMAS, **Suma Teol.**, II-IIae, q. 82, a. 3, ad 2.
- (39) **Ibid.**, III, q. 8, a. 1, ad 1.
- (40) PIO XII, Carta Encicl. **Haurietis aquas** (15 de mayo de 1956), III: AAS 48 (1956), pp. 329 s.
- (41) Cf. S. TOMAS, **Suma Teol.**, II-IIae, q. 182, a. 1, ad 3.
- (42) Cf. SAGR. CONGR. RITOS., Decr. **Quamadmodum Deus** (8 de diciembre de 1870): I.c., p. 283.
- (43) **Ibid.**, I.c., pp. 282 s.
- (44) LEON XIII, Carta Encicl. **Quamquam Pluries** (15 de agosto de 1889); I.c., pp. 177-179.
- (45) Exhort. Apost. Post-Sinodal **Christifideles** laici (30 de diciembre de 1988), 34: AAS 81 (1989), p. 456.
- (46) Const. dogm. **Dei Verbum**, sobre la divina Revelación, 1.
- (47) PABLO VI, **Alocución** (19 de marzo de 1969): **Insegnamenti**, VII (1969), p. 1269.
- (48) Cf. **Misal Romano, colecta; Or. sobre las ofrendas en la “Solemnidad de San José, Esposo de la B. M. V.”; Post.-Comunión en la “Misa votiva de San José”**.
- (49) Cf. LEON XIII, “*Oración a San José*”, que aparece inmediatamente después del texto de la Carta Encicl. **Quamquam Pluries** (15 de agosto de 1889): **Leonis XIII P.M. Acta**, IX (1890), p. 183.
- (50) SAGR. CONGR. RITOS, Decr. **Quamadmodum Deus** (8 de diciembre de 1870): I.c., p. 282.

LA TERCERA GENERACION DE SCHOLA

*Te haré leer en el Libro de la Vida
donde está contenida la Ciencia del Amor.*

Ignacio Manresa Lamarca

Hace ya algunos años, nuestra querida María Asunción López escribió un artículo en "Cristiandad" (1). Presentaba la estampa de una sesión en Schola. Aquellos eran los inicios de la realización de una gran ilusión del Padre Orlandis: "¡Qué espectáculo más sabroso para él...!". Qué realidad tan viva en esos matrimonios, qué esperanza en esos jóvenes, qué promesa en niños!".

Cuando el Padre Orlandis pensó Schola, lo hizo con la mente puesta en jóvenes universitarios; pero según las nuevas circunstancias, y a la luz del Espíritu Santo, esta sociedad fue cambiando poco a poco su estructura, y empezó a dar cabida a un prometedor grupo de familias. Muchas de ellas son hoy numerosas. Los hijos de estas familias formamos la tercera generación de Schola Cordis Iesu.

Durante estos años hemos ido empezando nuestro camino de vida cristiana, a la par que nos hemos enriquecido con los ideales de Schola, vividos en nuestras familias, que se han formado alrededor de este lugar, y viven de alguna manera centradas en él.

Ahora, respondiendo a un requerimiento, hacemos oír por primera vez nuestra voz. Con ella queremos explicar qué hacemos y qué queremos.

En 1979, en Schola, empezaron las catequesis con los primeros hijos de la segunda generación. Desde entonces, formados en el estudio de la Fe a través del catecismo, la Historia de la Iglesia, las encíclicas de los Santos Padres; impulsados por la esperanza de su Reino; y madurados en el Amor de su Corazón, hemos ido progresando en el seno de nuestras familias, en las que se cumple la promesa del Sagrado Corazón: "Pondré Paz en sus familias".

Con nueva vitalidad, deseamos seguir siendo esa legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del AMOR MISERICORDIOSO DE DIOS.

Formamos en la Escuela de su Divino Corazón, para recibir esa comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús, y de los designios que ha tenido al pedirla. Así pues, venimos a Schola sin ningún afán intelectualista, sólo pretendemos aprender a amar al Corazón de Jesús. Y queremos hacerlo penetrándonos íntimamente del valor espiritual y social de las Revelaciones de Paray; encariñándonos con las gracias y luces que Dios ha derramado en Sta. Teresita y en sus escritos, y adecuando nuestra vida espiritual y apostólica a ellos, para propagar esta verdadera Devoción; y procurando,

por último, adentrarnos humilde y amorosamente, cada cual según Dios le conceda, en los escritos del Padre Ramière, para según ellos determinar nuestras miras e impulsar nuestra acción, individual y colectiva.

Muchos nos acusan de vivir fuera de nuestro tiempo. Creemos firmemente vivir en la actualidad, pero no en actualidades. Y para eso estudiamos la historia, para descubrir en ella su sentido que es su razón formal, eficiente y final, pues sabemos que Dios está por encima de todo y con su Providencia amorosa nos guía. Por eso y más que nunca manifestamos la Actualidad del Reinado del Sagrado Corazón, reinado de Amor, como remedio único e insustituible de los males de este mundo. Y a la vez, la actualidad de la esperanza de su Reinado cumplido ya en esta tierra: "Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quisieran oponerse".

Frente a la superficialidad del hombre moderno, queremos sobrenaturalizarlo todo, incluso al Romano Pontífice. De aquí estamos seguros, saldrá el orden y la paz, en la vida individual y entre las naciones. Esta sobrenaturalización se concreta en la devoción genuina al Sagrado Corazón de Jesús, y en la sumisión filial a la Iglesia, no sólo individual, sino como sociedad, grupo o nación, lo cual constituirá el Reinado social del Sgdo. Corazón, y por tanto el reconocimiento de la Realeza de Cristo, coronación y término de la devoción al Corazón de Jesús.

Otras dos devociones son el fondo y complemento de esta Devoción. Casi diríamos que son una única devoción. Es la debida al espíritu Santo, Espíritu de Amor, y a María, Madre de Gracia y Misericordia.

El Espíritu de Amor del que sin sermonear, estaban ungidas y embalsamadas las palabras de Santa Teresita, uniendo indisolublemente la devoción al Sagrado Corazón y a la Gracia increada, la Persona Divina del Espíritu Santo.

Frente al altar tan querido de Schola, deseamos continuar rezando a María, en estos tiempos especialmente suyos, para que Ella continúe siendo nuestra Maestra. En su Amor penetramos el del Corazón de su Hijo. Y cuando rezando, pidamos al Padre: "venga a nosotros tu Reino", suplicaremos a María que adelante el tiempo de Dios y advenga ya aquel día dichosísimo en que todos los hombres, redimidos por la Sangre de Cristo, y por sus sufrimientos al pie de la Cruz, no formarán más que un solo rebaño bajo el cayado de un

solo Pastor. Y junto a Ella, silencioso pero siempre amorosamente trabajador, el buen patriarca San José, Padre de nuestra obra, como lo fue de Jesús.

Procuraremos no olvidar que Schola es un lugar de celadores del Apostolado de la Oración, este movimiento que posee específicamente la misión de rezar y hacer rezar extendiendo la devoción al Sgdo. Corazón, y desde ella entendiendo la vida entera, con sus alegrías y penas, como una oblación pura ofrecida al Padre en el Santo Sacrificio de la Misa. Y todo con la esperanza que su fundador, el padre Ramière, puso en su lema: "Adveniat Regnum Tuum".

Y desde este movimiento sentiremos con la Iglesia. Especialmente en estos tiempos de tanto orgullo queremos manifestar plenamente nuestro sometimiento filial a la Verdad Unica de Ntro. Sr. Jesucristo, manifestada en las enseñanzas de todos los Santos Padres a lo largo de la tradición de la Iglesia. En especial, nos sometemos filialmente al Papa actual, Juan Pablo II. Que la Virgen lo guarde y gué. Igualmente vemos la necesidad de sentir y hacer sentir internamente la maravillosa realidad de ser Cuerpo Místico de Cristo, Esposa de cristo, y Reino de Dios.

Estas son nuestras esperanzas y nuestros anhelos. Sólo en su Sgdo. Corazón confiamos. Nadie más puede salvar al mundo, pues El es su único Salvador. Y porque los hombres nunca han estado tan preparados como hoy para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo, es de más actualidad que nunca. Por eso desengaños de nuestras propias fuerzas y valer, y también de la eficacia de los medios semihumanos y ordinarios, ponemos toda la confianza en el medio

que el mismo Redentor nos ha dado para vencer las dificultades extraordinarias de nuestro tiempo: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sgdo. Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalar.

Agradecemos al P. Orlandis su fidelidad a toda esta tarea. Sólo Dios podrá pagarle lo mucho que le debemos; verdadero padre y maestro. Estamos seguros que a ejemplo de su gran Santita desde el Cielo continuará velando por Schola, especialmente en este momento tan difícil. Cuando llegemos al Cielo, seguro Padre que le encontramos en la puerta esperándonos, según prometió; es para nosotros un consuelo.

Igualmente agradecemos a tantas personas de la primera generación, algunos vivos, pero muchos ya en el Cielo, sus trabajos. Unidos al P. Orlandis continuarán estos desde la Iglesia triunfante los trabajos que empezaron en la militante, y los vivos siendo un ejemplo viviente del espíritu de Schola. Para nuestros padres tenemos un muy sincero agradecimiento de todos sus desvelos, tanto individuales como colectivos. Dios premiará tanta bondad.

Pero debemos agradecer sobretodo a Dios, el don tan inmenso que nos ha hecho. El Sgdo. Corazón, por mediación de María, ha protegido esta obra y la ha tomado como suya. A Ti, acudimos suplicantes, para que a ejemplo de nuestros mayores, seamos fieles al espíritu de Schola. ¡Que Dios nos bendiga!

(1) SCHOLA CORDIS IESU, hoy. Cristiandad nº 588-589, marzo-abril de 1980, págs. 72 a 74.

APOSTOLES DE CRISTO *

Esta segunda edición actualizada de "Apóstoles de Cristo" del P. José María Solé Romá CMF, recién nacida a la luz pública, está consagrada a la vocación sacerdotal, perla fina preciosísima.

El enamorado autor, entona un cántico embelesante el sacerdocio. Con profundo amor fraternal a los sacerdotes, dice: el sacerdocio "es el servicio y ministerio más excelso, más urgente, más eficiente, más comprometido, más heroico; es el máximo amor: donación total, incondicional e irreversible a Cristo y a todos los hombres". Presenta el sacerdocio en toda su dulzura, en toda su hermosura y transparencia, a la luz del Magisterio de la Santa Madre Iglesia.

Con un difícil equilibrio entre espiritualidad, sencillez y riqueza doctrinal, llega al corazón mismo de los problemas sacerdotales más palpitantemente actuales,

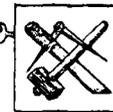
más recientes, más trastornadores, y nos da las soluciones maternas, la tabla de salvación en medio de la tempestad. Para que campeen nuevos Franciscos de Asís, nuevos Franciscos Javier,... Para que el sacerdote sea "la presencia y el amor de Cristo en el mundo".

* **APOSTOLES DE CRISTO**. Editorial Ave María. Pedidos al autor: Rvdo. P. José María Solé Romá, c/ P. Claret, 45. 08025 Barcelona.

Distribuyen:

— Distribuidora Balmes, c/ Durán i Bas, 11. 08022 Barcelona. Teléfono (93) 317 94 43.

— Editorial Claret, c/ Roger de Llúria, 5. 08010 Barcelona. Teléfono (93) 301 08 87.



GOIGS A LLAOR DE L'ESPOS DE MARIA SANTISSIMA EL GLORIOS PATRIARCA SANT JOSEP

Que es venera a Barcelona, al Reial Santuari Sant Josep de la Muntanya

PER la vostra potestat; per Jesús que us acompanya. *Sempre en Vós hem confiat, Sant Josep de la Muntanya.*

ALTA fou la missió que pel Cel se us conferia: fer de pare al Redemptor i espòs ésser de Maria. Avui sou nostre advocat i besem vostra peanya. *Sempre en Vós hem confiat, Sant Josep de la Muntanya.*

EL bastó us floria als dits i us coprèn la meravella. D'entre tots els escollits, només Vós sou digne d'Ella. Esguardau, tot admirat, vostra virginal companya. *Sempre en Vós hem confiat, Sant Josep de la Muntanya.*

DAVALLÀ l'àngel del Cel i us ha dit amb veu molt clara: —No tingueu, Josep, recel, que Ella, vergs, serà mare. Concebuda sens pecat, tot un Déu portia en l'entranya. *Sempre en Vós hem confiat, Sant Josep de la Muntanya.*

A Betlem no es troba hostal i, a Maria, el pas li falla. —Si us plagués entrar al cortal, faré. Esposa, un jaç de palla. Mans, el bou, l'ha esparpallat, amb la punta de la banya. *Sempre en Vós hem confiat, Sant Josep de la Muntanya.*

HA nascut l'Infant Jesús i s'estén la Bona Nova. De genolls sobre el pallús escalfeu, pel Fill, la roba. Ve un sagal i us ha lloiat, amb son flaviol de canya. *Sempre en Vós hem confiat, Sant Josep de la Muntanya.*

¶. Constituit eum dñm domus sae (T. P. Alleluja) R. Et principem omnis possessionis suae (T. P. Alleluja)

ORATIO: *Deus, qui ineffabili providentia beatum Joseph Sanctissimae Gentricis tuae spònsium eligere dignatus es: praesta, quaesumus; ut quem protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in caelis. Qui vivis et regnas in unitate Spiritum Sancte Dei per omnia saecula saeculorum. R. Amen.*

TORNADA **RESCOBLA**

Per la vostra potestat per Je . sús que us a . compa . nya Sempre en Vós hem confi . at Sant Jo . sep de la Mun . ta . nya

COBLES

Al . ta fou la mis . sió que pel Cel se us con . fe . ri . a fer de pa . real Re . demptor i . s . pòs a la Rescobla

és . ser de Ma . ri . a A vui sou nostre advo . cat i be . sem vos . tra pe . a . nya. Sem . pre en Vós . .

Lletra: Pilar Tous de Cirera
Música: Mn. Camil Geis, Pvre.
Dibuixos a la ploma: Mercè Cirera Tous
Barcelona, any 1953



L'Exc. i Bvdm. Senyor Arquebisbe-bisbe de Barcelona Dr. D. Gregori Modrego Casan, per decret de 11 de Març del 1953 autoriza la publicació d'aquests Goigs i concedeix 200 dies d'indulgència a tots els fidels de la seva jurisdicció per cada vegada que devotament els resin o cantin.

